

*Amanda* Patarca  
AUTORA



## Prologo

### TEATRO Y VIDA

En un atardecer de otoño, cuando ya casi la luz estaba durmiéndose en la hojas caídas y en el muro descascarado que miro a través de la ventana, con su infamia de carteles raídos por la lluvia, en una tarde así en la que uno comienza a pensar que no habrá más un día siguiente, leí la obra teatral de Amanda Patarca. Debo explicar antes que pretendo un oficio de escritora -poesía y prosa- y que ni siquiera en los momentos de mayor delirio pensé acceder a la crítica literaria. Este es, entonces, un prólogo donde el amor resuena quedamente, como esos tambores africanos que se saben escuchar en la lejanía, amenaza o llamado de la ballena y que si se callan hacen más aterrador el silencio, casi imposible de la vida.

En las tres obras que he leído -conmovida, desamparada de a ratos- dos dramas "Requiem Matri", "Lágrimas" (Requiem II) y la comedia dramática "Axel", la figura de la madre, portentosa, entrañable, perversa y amada, surge vertebrando la acción. Sin ella todo sería vacío, ronda de sombras, cartón pintado, imágenes confusas que no logran articularse, títeres manejados por un niño cruel. Que Patarca se haya atrevido con este tema y lo haya resuelto sin recurrir a palabras o imágenes prestadas es uno de los aciertos, y no el único, del tejido dramático. No sé siquiera si conscientemente se lo propuso, pero los personajes, ya se sabe, suelen evadirse de los autores y plantarse con toda su carnadura en sitios extraños, zonas azotadas por el desconcierto, intemperies por conocer.

Hablar de conflictos generacionales en el teatro de Amanda Patarca, sería caer en un análisis superficial, una reflexión pobre y teñida de urgencias sin resolver. Sus criaturas caminan la línea de fuga, de evasión. Han corrompido los roles que les han asignado códigos rígidos, sin piel ni rostro visibles. Pretenden ir más allá y en el intento causan dolor, fracturas, distorsiones emocionales, se precipitan en escombros, en un montón de basuras radiantes. Padre, madre, hijos, amantes, en la búsqueda de una respuesta que jamás llegará. ¿Por qué Axel se lanza a la búsqueda de su origen, entre esas dos madres terribles, la del abandono y la de la compra y hace visible las zonas más oscuras de una familia, sus seres impotentes, no ya para procrear, sino para generar amor, sintiendo que ha sido vendido y comprado en el más absoluto desprecio? ¿Y la madre de "Requiem...", esa perversa y a la vez perfecta criatura para quien la resolución de su propio destino va más allá de los cantos de sirena de una cotidianeidad lacerada por la indiferencia y la atonía espiritual? ¿Y la otra mujer de "Lágrimas" cuya madre muere en una pieza de hospital y realiza estúpidos gestos vacíos de sentido, cumple una agenda de trabajo, habla por teléfono, asiste a una lejanía irremediable de su propia hija, hasta que advierte que la única interlocutora que esperaba, acaba de cancelar su comunicación? "Me dejó como quien cuelga al otro en el teléfono". Oh, la madre loca, la perversa mamá, basurera y radiante, huyendo entre las palomas y los cuervos. Fugándose por los bordes, atreviéndose a morir, a dejamos solos, como una muñeca desalada sin la cual debemos aprender todas las lecciones del infortunio, mirar de frente la cara de la desgracia.

Advierto por ello sobre una lectura apresurada de estos textos por lo que sugieren las señas visibles de tiempo y espacio, lo que es nada más que un orden aparential,

frágiles estructuras que desnudan un grito antiguo y sabio, más que una mirada sin piedad al desmoronamiento de las estructuras sociales. El teatro de Patarca conmueve, porque escarba sin miedo en una zona llagada, atiende el entorno pero no lo adula, va más allá o más acá, donde sólo hay criaturas que aúllan su desamparo, porque las madres mueren, el amor muere, Dios tal vez se pliega a tan pésima costumbre y a veces es difícil, sino imposible, nombrar la palabra esperanza.

Todo esto que digo es contingente, como una flor apenas rozada. Cuando estas estructuras suban a un escenario, encarnen en otras criaturas tan frágiles y extremas como ellas mismas, quizás un nuevo giro de “vuelta completa”, haga posible otros caminos, otras distancias de percepción. Lo sé. Mientras tanto tengo en mis manos los textos teatrales de una mujer, —poeta, narradora—, muy talentosa y querible, sobre los que estoy hablando en esta tarde de otoño, como una forma de compañía, de reflexión, de ir hacia una zona “donde los ojos abiertos mirarán por fin”.

*EDNA Pozzi*

*Otoño de 1995*

## LAGRIMAS

Este libro de Teatro contiene cuatro obras; Axel (Comedia dramática en tres actos); Réquiem Matri (Drama en tres actos); Lágrimas (Réquiem II) (Drama en un acto) y La conjetura (Drama en tres actos) En sus primeras páginas se encuentra el Prólogo de Edna Pozzi y la Bienvenida al siempre fascinante y esperanzado mundo de la Dramaturgia Nacional firmado Con afecto y felicitaciones por Eva Franco.

Se transcribe de “Lágrimas (Réquiem Matri II) el monólogo final:

SELVA. — ¡Por favor, con el Dr. Rial! (*Pequeña pausa.*) ¿Con cuál? ¿Cuántos doctores con ese apellido atienden en ese consultorio? (*Pequeña pausa.*) ¡Ah! No. Con el psicólogo, que es a su vez psiquiatra, creo. Sí. (*Pequeña pausa.*) ¡Doctor! Soy yo, Selva. (*Pequeña pausa.*) Sí, la misma. (*Pequeña pausa.*) No doctor, acaba de fallecer. (*Pausa.*) Sí, pero se comportó conmigo como si después de todo esto, que resultó una verdadera pesadilla, ella se hubiera suicidado, y nada más que para molestarme... Para que me doliera, tanto... que no pudiera soportar... Se comportó, doctor, como si después de todo esto... (*Pausa.*) ¿Todo? Bueno... su internación, la clínica. Todo. (*Pausa.*) ¿Cómo quiénes? Mi hija... mi Yerno... (*Pausa.*) Sí, doctor. (*Triste. Entregada.*) Se comportó como si hubiera decidido suicidarse nada más que para que yo, después de esa muerte violenta, y casi inesperada, pudiera recapacitar tomando conciencia, de todo lo que la quería y de cuánto la necesitaba... A medida que creciera este dolor. (*Pa usa.*) Tal cual lo estoy sintiendo crecer minuto a minuto, doctor. (*Llorando.*) Por favor... ¿Qué debo hacer? ¿Adónde colocar este dolor que crece y se agiganta y que ha excedido ya el compartimento de las horas, de los días, de los meses..., en mi agenda? ¿En qué tipo de agenda debo colocarlo para poder ocuparme de él como es debido, otorgándole el tiempo que haga falta? (*Pequeña pausa.*) En la mía no hay cabida... ¡Qué ironía! Maduré, soportando todos estos años el peso absurdo de mi silencio y de su mudez obligada. Del tiempo en que convencida le gritaba ¡me estás mintiendo! Ahora sólo quiero llorar. Llorarla..., a mares. Hasta

arrasar con mi llanto esta amargura que crece porque al morir ella así, de esta manera, no me dio tiempo... de decirle nada. Me dejó como quien cuelga al otro en el teléfono, luego de una gran discusión acalorada. (*Con profunda tristeza.*) Y justo hoy. El mismo día que había llegado a completar, por fin, mi estúpida teoría del paisaje. Inútil, además... E ineficaz, aunque gestada desde la raíz misma de la trampa descubierta justo hoy, esta mañana. (Pausa.) Sí... la teoría del paisaje... Del distinto paisaje. Del que cada uno de nosotros, según dónde se encuentre, está obligado a ver delante suyo. (Pausa.) ¿Cuándo? Cuando de alguna manera, ese uno, ha iniciado, ya, el paulatino y levísimo ascenso escalonado, hacia la parte más alta de la vida. (Pausa.) ¿Cómo para qué? ¿En serio, cree usted que alguien podría preguntar tal cosa? ¿O está probando mi rigor científico? (Pausa. *Con convicción.*) ¡Para volver a iniciar, desde la altura, el círculo vicioso inacabable, ejerciendo el poder como se pueda! Gritándole al de abajo ¡Sé prudente! ¡Cuidado! cuando exista un peligro agazapado. (Pausa.) Y quedar obligado, en ese instante, ese uno, como yo... como ella... a escuchar como respuesta la frase enardecida del rebelde que siempre cierra el círculo. ¡Tápanse los oídos, no la escuchen! ¡La madre, por ser madre, siempre miente! (Pausa.) Y habrá que tomar aire... hacerse fuerte. (*Pequeña pa usa.*) Y preguntar autoritariamente ¿Quién es la que miente? (*Pequeña pausa.*) Contestá de frente. ¿Yo? ¿Esta mujer que te parió? ¿Te miente? ¡El círculo vicioso es envolvente! Por suerte es envolvente.



**E**n lo que a mi obra y a mi respecta deseo hacerles saber a todos que, con una gran dosis de predisposición y hasta con un especial toque de gusto, por la responsabilidad que engendra, no he dejado, jamás, de prestar la máxima atención a lo que considero una "problemática de envergadura", la familiar.

Generadora de violencia inquestionable; de poderosa estirpe e infinita historia además, su persistencia se torna peligrosa al pretender entronizarse, justamente, dentro de la única institución que resguarda la dignidad de lo sagrado.

*La autora*

